

do ver adónde conducen la miseria, el abatimiento y la preocupacion de los intereses, de los goces del momento. Más de una vez se han estudiado las semejanzas que existen entre nuestra época y la sociedad romana del Imperio. Ausencia de una religion que posea y dirija las almas, y por consiguiente, disolucion de los vínculos sociales; el individuo no mira más que á sí mismo, á su felicidad, y ésta consiste en la satisfaccion de los apetitos materiales. La sociedad romana se ha dejado arrastrar sin resistencia por la corriente de estas innobles tendencias; olvidó la vida en los placeres; para entregarse á ellos sin interrupcion y con tranquilidad, dimitió sus derechos y los enajenó en favor de los Césares. Verdad es que el Imperio no fué turbado por las agitaciones de la libertad; hubo paz y tranquilidad. ¡Paz vergonzosa! ¡tranquilidad más mortífera que las guerras civiles! Por no haber buscado más que el placer en el reposo del despotismo, los pueblos se envilecieron y corrompieron en términos que no conservaron ningun elemento de vida. No quedaba más que un medio de salvar á la humanidad: Dios envió á los Bárbaros.

¿No verá el siglo XIX su imágen en el estado social del Imperio? Hay, sin embargo, una diferencia que hace mayor nuestra responsabilidad, pero que puede tambien salvarnos. Las naciones antiguas estaban en la infancia, ignoraban su mision y su porvenir, no veian la decadencia y la muerte que les amenazaban; su responsabilidad, por lo mismo, es menor. Hoy los pueblos son soberanos, es decir, han llegado á un grado de civilizacion en que, teniendo conciencia de sí mismos, pueden dirigir sus destinos. Conocen el fin hácia que marcha la humanidad: el perfeccionamiento moral del hombre. El desenvolvimiento físico no es más que un medio: ¡ay de nosotros si lo consideramos como un fin! Si olvidando á la libertad, si olvidando á Dios, la sociedad se entrega por completo á los intereses materiales, el egoismo y la corrupcion que le devoran no tendrán remedio. La humanidad no perecerá; pero perecerán las naciones que se han separado del plan de la Providencia.

CAPÍTULO II.

LOS BÁRBAROS.

§ I.—Estado social de los Bárbaros.

Las poblaciones germánicas han regenerado la Europa, han extendido su imperio ó su influencia por todas las partes del mundo; bajo sus pasos ha germinado en todas partes una civilizacion robusta y progresiva. Los vencedores de Roma se enorgullecen con razon de esta magnífica conquista. El patriotismo alemán se ha dejado extraviar por este orgullo; trasportando lo presente á lo pasado, ha creído encontrar en los bosques de la Germania toda la libertad, inteligencia, moralidad y grandeza que poseen nuestras sociedades. Los conquistadores del siglo V llevaban con orgullo el nombre de Bárbaros que les habia dado la vanidad griega y romana. Sus descendientes rechazan esta imputacion de barbarie; segun ellos los Germanos no tenian de bárbaros más que la apariencia; su vida era sedentaria, agrícola; realizaba lo que tanto trabajo cuesta á las sociedades más avanzadas, el orden y la libertad. Tales son los rasgos generales bajo los cuales pintan los Alemanes á sus antepasados; descendiendo á los detalles, sus pretensiones son todavia más extrañas. Un historiador pretende que los Germanos no se embriagaban con pasion; otro reivindica para la Germania el culto caballeresco de la mujer, tal como se la encuentra en las novelas de la Edad Media (1). Y no sólo las inteligen-

(1) GUIZOT, *Historia de la civilizacion*, leccion VII.

cias medianas caen en estas exageraciones; el patriotismo ciega á las más eminentes. Uno opone el paganismo liberal y tolerante de los Germanos al dios egoísta y vengativo de los Judíos (1); otro deplora que la caridad cristiana haya alterado las costumbres belicosas de sus antepasados (2). El libro de un sabio sueco (3), que atribuye al Norte todas las maravillas de la fábula y de la historia, es como el último grado, y al mismo tiempo la sátira de estas extravagancias.

Se comprende que la teutomanía haya suscitado una violenta reacción. Los Alemanes no quieren que los Germanos sean *bárbaros*. Diríase que estos gritos de triunfo han despertado el genio de Roma; aumentando su desprecio llama *salvajes* á sus rudos vencedores: « Léanse en Tácito las costumbres de los Germanos, dice Buffon, y se verá la pintura de las de los Hurones. » Historiadores célebres han desarrollado el pensamiento del gran naturalista; al lado de cada página de Tácito ponen un rasgo de las costumbres de los salvajes; el resultado de la comparación es una semejanza perfecta: « Los Germanos no se dedicaban á la agricultura, apenas vivían más que de la caza ó del pastoreo; lo mismo hacen los salvajes de América. Apenas se encuentra en la Germania un elemento de sociedad civil y política; también los salvajes gozan de la libertad más ilimitada; cada cual hace lo que le parece. Donde no hay Estado no puede haber justicia social; los salvajes, lo mismo que los Germanos, vengán por sí mismos las injurias que reciben » (4).

No proseguiremos este paralelo; los dos sistemas contrarios acerca del estado social de los Germanos son igualmente falsos. El patriotismo alemán se ha hecho una ilusión buscando el ideal de la moralidad y de la sociabilidad en los bosques de la Germania; el ideal no está en la cuna de las sociedades, sino en el extremo opuesto de su desarrollo. ¿Quiere esto decir que los Germanos hayan estado en esa triste situación en que han encontrado los

(1) LASSEN, *Indische Alterthumskunde*, t. I, p. 415.

(2) GERVINUS, *Geschichte der poetischen Nationalliteratur*, p. 312.

(3) OLAÜS RUDBECK, profesor de la Universidad de Upsal, en su obra titulada *Atlantica*.

(4) ROBERTSON, *Historia de Carlos V* (notas).—FUZZOT, lección VII.

viajeros á las tribus de América? A pesar de la analogía en algunos rasgos de costumbres y de carácter, media un abismo entre los salvajes y los Germanos; las razas salvajes se extinguen al contacto de la civilización, al paso que los Germanos son de todas las razas humanas la más perfectible. Cuando Tácito trazaba el cuadro de sus costumbres, no eran ya salvajes: ¿habían pasado alguna vez por ese estado, que no puede llamarse social, puesto que es la ausencia de toda sociedad? Los filósofos del último siglo creían que el estado salvaje era la condición natural del género humano. Si así es, este estado primitivo ha de ser muy diferente del embrutecimiento de los salvajes, tales como los vemos hoy todavía en algunas partes del mundo, porque su condición se asemeja más á una degradación que á un desarrollo natural. Los Germanos eran bárbaros, no eran salvajes. Aún cuando no tuviéramos la Germania de Tácito, podríamos formarnos una idea suficiente de su carácter y de sus costumbres, viendo la misión que han realizado en el mundo. Estaban llamados á destruir el Imperio romano, por lo cual debían hallarse dotados en el más alto grado del valor guerrero. Pero, al sembrar de ruinas el suelo de la Europa, lo fecundaron; debían, pues, tener un genio particular que los dispusiera para ser un elemento de la sociedad moderna. ¿Cómo conciliar su misión de destrucción con su misión de regeneración? ¿Cómo han pasado los Germanos de la barbarie á la civilización? La Providencia había preparado á Roma y al cristianismo para domar y dulcificar lo que había de bárbaro y de rudo en la raza germánica.

§ II.—Principio destructor.

En la antigüedad la guerra es permanente; los imperios crecen y mueren con espantosa rapidez; la lucha no cesa hasta que las naciones quebrantadas son reunidas bajo las leyes de la Ciudad Eterna. Sin embargo, ningún de los pueblos antiguos era tan inclinado á los combates como los hombres del Norte. El dulce genio de la Grecia inspiraba ya á los héroes de Homero. Para el pue-

blo rey la guerra era como una gran especulación; conquistaba para explotar. Cuando los Romanos conocieron á los Germanos quedaron asombrados de su ardor batallador: «¿Qué mayor intrepidez que la de los Germanos? exclama Séneca; ¿qué mayor pasión por las armas, en medio de las cuales nacen y crecen, que constituyen su único cuidado y ocupación, puesto que todo lo demás les es indiferente?» (1). La pasión de la guerra es el rasgo característico de los pueblos del Norte.

Tácito ha pintado admirablemente las costumbres militares de los Germanos. En Roma se viste al joven con la toga cuando llega á la edad viril; este es el símbolo del genio romano, más político que guerrero. El joven Germano es decorado en plena asamblea con la frámea y el escudo: este es su traje viril; entre las tribus más valientes de la Germania no se le considera como hombre hasta que ha matado un enemigo. Los Germanos no sueltan nunca sus armas; van armados, lo mismo á los festines que á las asambleas de la nación; manifiestan su asentimiento agitando sus frámeas; sus juegos son danzas guerreras. En ellos el valor es la virtud por excelencia, y casi el único deber. La cobardía y la traición son los únicos crímenes públicos; los traidores y los transfugas son colgados de un árbol; los cobardes son ahogados en el fango (2).

Entre los antiguos las mujeres no participaban del duro oficio de las armas. Las mujeres germanas siguen á sus esposos y á sus hijos al campo de batalla; llevan á los combatientes el alimento y el ánimo. Viéronse ejércitos vacilantes y medio deshechos volver á la carga por la obstinación de sus instancias. Los historiadores romanos admiran el heroísmo de las mujeres cimbricas; los *Sagas* celebran las hazañas de las *Virgenes del escudo* (3).

Entre los Escandinavos el heroísmo traspasa casi los límites de la naturaleza humana; la muerte en el campo de batalla es el fin de la vida. Cuando una mujer pare un hijo pide que perezca combatiendo. Los guerreros desean y reciben la muerte como un bien:

(1) SENEC., *De Ira*, I, 11.

(2) TACIT., *German.*, 31, 13, 22, 11, 24, 12.

(3) DEPPING, *Historia de las expediciones marítimas de los Normandos*, t. I, c. 1.

«Se estremecen de alegría, pensando que van á salir de la vida de una manera gloriosa; se lamentan en las enfermedades porque temen un fin vergonzoso y miserable» (1). Para librarse del oprobio de una muerte natural, los ancianos ponen por sí mismos fin á su existencia; el Dios que adoran, Odin, les ha dado el ejemplo abriéndose el pecho con el hierro de su lanza. Existe en Suecia una montaña escarpada, desde lo alto de la cual se precipitaban los que querían poner término á su vida; se la llamaba la Sala de Odin, porque era en cierto modo el vestíbulo del palacio de aquellos dios (2).

Este último rasgo revela el principio de aquella sed de muerte que nos cuesta trabajo comprender, por ser tan contraria al instinto de la naturaleza. Los poetas latinos habían adivinado el secreto del valor que había de poner fin al imperio de la Ciudad Eterna: «La muerte, dice Lucano, es para los Bárbaros el paso á una larga vida en otro universo. Son dichosos con su error esos pueblos habitantes del polo. Desconocen el más formidable de todos los temores, el de la muerte. De aquí esa osadía con que se precipitan sobre las picas; de aquí esas almas, siempre dispuestas á la muerte, y esa persuasión de que es pura cobardía todo cuanto se haga por conservar la vida, puesto que ésta ha de renacer» (3).

La religión de los Germanos es completamente guerrera. La divinidad principal, el padre comun de la raza, es el dios de la guerra; *Wuotan* ú *Odin* es la personificación del furor de los combates (4). En Roma se representaba armado al dios de la guerra; los Germanos tienen un símbolo más enérgico, un dardo desnudo clavado en tierra (5). Odin, según el Edda escandinavo, hace nacer la primera guerra; enseña á los hombres el arte de destruir-

(1) VALER. MAXIM., II, 6, 11.

(2) GEYER, *Historia de Suecia*, c. II.—MALLET, *Introducción á la Historia de Dinamarca*.

(3) LUCAN., *Pharsal.*—C. APPIAN., IV, 13.

(4) *Wuotan*, *Wödan*, es la forma germánica; *Odin*, la forma escandinava; uno y otro significan el furor (WACHTER, en la *Encyclopedie d'Ersch*, 3.ª sección, t. VII, p. 288).

(5) HEROD., IV, 62.—AMMIAN. MARCELLIN., XXXI, 2; XVII, 12.—JOHANNES, c. 35.—GRIMM., *deutsche Mythologie*, p. 185.

se (1). Los emblemas de este dios terrible son dignos de su misión; está armado con un dardo milagroso; todos los enemigos sobre los cuales vuela el dardo, están condenados á morir; tiene á sus lados dos lobos y dos cuervos, que le acompañan al combate y se arrojan sobre los cadáveres (2). Le acompañan las vírgenes de la muerte; las *Valkyries* se recrean con los gritos de los heridos, con el olor de los cadáveres; la víspera de las grandes batallas trabajan juntas, acompañándose con cantos guerreros; el tejido en que se ocupan es de entrañas humanas, las flechas les sirven de agujas, y la labor destila sangre; su más violento deseo son los combates; eligen los guerreros que han de ser recibidos en el palacio de Odin (3). El cielo germánico no se abre más que para los héroes que mueren combatiendo. Entremos en el *Valhalla*; la concepción de la vida futura revela el genio de los pueblos. Cuando un guerrero cae en el campo de batalla, las *Valkyries* lo conducen á la morada de Odin: «¿De dónde viene todo este ruido? ¿Por qué se agitan tantos hombres y se disponen todos los bancos? — Porque va á venir Erik, dice Odin, lo espero; levantaos y marchad á su encuentro. — ¿Por qué su llegada te regocija más que la de cualquier otro rey? — Porque en muchos lugares ha teñido su espada con su sangre, porque su espada sangrienta ha penetrado en muchas partes. Yo te saludo, Erik, valiente guerrero, entra, seas bien venido á esta morada» (4). En la concepción cristiana, los santos glorifican al Creador; en la mitología del Norte, Odin ensalza á los guerreros; son sus hijos, los adopta (5). ¿Cuál es la existencia de los guerreros en aquella mansión de ventura? Una eternidad de combates y de festines. Desde la mañana, armados con sus resplandecientes armas, montados en sus corceles, se desafían y se atacan; el cielo resuena con el choque de las lanzas y de las espadas, la sangre corre, y la mansión celeste se ve

(1) MULLER, *Geschichte der altdeutschen Religion*, p. 197.—GRIMM, *Mythologie*, p. 122.

(2) GRIMM, *Mythologie*, p. 134.

(3) IBID., *Mythologie*, p. 389.—MULLER, *Altdeutsche Religion*, p. 310, 351.

(4) THIERRY, *Historia de la conquista de Inglaterra*, libro II, según TORÆUS, *Hist. Norvegiæ*, IV, 10.

(5) «*Got setzet sie in sine Schöz.*» GRIMM, *Mythologie*, p. 778.

sembrada de campeones que han sufrido una segunda muerte. Pero suena la hora del festin y cesa la lucha, ciérranse las heridas, y los muertos resucitan para sentarse á la mesa de su jefe. Los que salen de la vida mediante muerte natural, quedan excluidos del *Valhalla*, aún cuando hayan sido guerreros valientes. Su morada es el *Niflheim*; *Hela* ejerce su imperio en aquel triste mundo; su palacio se llama la nube, su mesa el hambre, su cuchillo la necesidad, sus servidores la pereza y la lentitud, su puerta el precipicio» (1).

Un culto que castiga la muerte natural hasta en los valientes, y que promete una vida eterna de combates y de festines á los que mueren de muerte violenta, debe inspirar la pasión de los combates, el fanatismo de la sangre. El frenesí divino de Odin anima á los guerreros: «Caen, rien y mueren» (2). Semejantes hombres habian nacido para la destrucción; este heroísmo religioso destruyó el Imperio. Odin arroja su dardo sobre el mundo romano: «difunde el espanto en las legiones, condena á muerte á sus jefes, caen las águilas bajo su cólera» (3); hombres, caballos, todo cuanto pertenece á los vencidos es exterminado (4).

§ III.—Principio regenerador.

N.º 1.—*La libertad individual.*

Los antiguos no conocían la libertad tal como los pueblos modernos la desean y la practican. Nosotros no concebimos que el hombre sea libre si no se respeta su individualidad; el Estado,

(1) GRIMM, *Mythologie*, p. 778, 760.—MULLER, *Altdeutsche Religion*, p. 393, 394.—MALLET, *Introducción á la Historia de Dinamarca*, lib. II.

(2) SAXO GRAMMAT., II.—La lengua germánica tenía una palabra particular, *Berserk*, para designar estos entusiastas de la muerte (WACHTER, en la *Encyclopedie d'Erseh*, sec. 3.ª, t. VII, p. 289).

(3) Estas palabras están tomadas de la fórmula por medio de la cual se condenaban á muerte los ejércitos enemigos (MULLER, *Altdeutsche Religion*, página 197.—WACHTER, II, p. 294).

(4) Cuando se pronunciaba la terrible fórmula de la condenación, no debía

léjos de destruir la personalidad humana, debe asegurarle un libre desarrollo. En las repúblicas antiguas, por el contrario, el Estado absorbía al ciudadano; los derechos del hombre, como tal, eran desconocidos. Este elemento de la naturaleza humana, ahogado en las estrechas ciudades de la antigüedad, se desarrolló en los bosques de la Germania. Los Germanos no se encerraban en una ciudad; apenas había un lazo social entre los miembros de una tribu; el hombre lo era todo, el Estado no era nada. En aquella independencia salvaje la personalidad debía exaltarse; constituye el rasgo característico de los Bárbaros; de ellos hemos adquirido la necesidad de libertad que distingue á las naciones modernas.

El espíritu de individualidad se marca claramente en las ideas religiosas de los pueblos del Norte. Entre los antiguos la religion se confundía con el Estado; los Germanos no tienen cuerpo sacerdotal; cada padre de familia es sacerdote (1). Este carácter individual de la religion llamó la atención de César; pero no se dió cuenta de la profunda diferencia que separa la concepcion de los Germanos de la de la antigüedad. César negó en pleno Senado la inmortalidad del alma. Esta triste doctrina no era un error aislado; la filosofía antigua conducía al panteísmo, absorbía al hombre en Dios; la religion, infectada por el mismo vicio, no daba al individuo una garantía de su persistencia despues de la muerte. Los rudos habitantes de la Germania tenían ese sentimiento de la inmortalidad de que carecían los Griegos y los Romanos. El guerrero no muere, sino que cambia de morada; la vida futura es el ideal de la vida presente.

El sentimiento de la independencia individual acompaña al Germano en todas las relaciones de la vida. En Roma, la familia se concentra en el padre; solamente él tiene una existencia jurídica; su poder no tiene límites, y no termina sino con su muerte ó por su voluntad. También entre los Germanos tienen gran fuerza los lazos de familia, pero ceden á la necesidad más imperiosa

quedar nada de cuanto pertenecía á los vencidos (TACIT., *Annal.*, XIII, 57). Los Cimbrios condenaron un ejército romano, y observaron religiosamente su juramento; mataron todo ser viviente y arrojaron las armas, el oro, la plata, áun los caballos, al Ródano (OROS., *Hist.*, v, 16).

(1) TACIT., *German.*, 10.—CÆSAR, *de Bello gall.*, VI, 21.

de la libertad; el hombre puede romper las relaciones que ha formado la naturaleza: «Si alguno, dice la *Ley Sálica*, quiere renunciar á sus parientes, se presentará en la asamblea del pueblo, llevando cuatro varas de aliso y las romperá sobre su cabeza, declarando que en lo sucesivo no habrá nada comun entre ellos y él» (1).

Este mismo sentimiento de independencia y de individualidad se revela en la guerra. La conquista romana conduce á la unidad, la conquista germánica á una diversidad infinita. Al cabo de algunos siglos de la dominacion de Roma, los vencidos se habían convertido en Romanos por su lenguaje, su derecho y sus costumbres. La invasion de los Bárbaros presenta un espectáculo muy diferente: los vencidos conservan su existencia; las diversas razas coexisten sobre el mismo territorio con sus instituciones y su genio particular; de aquí la personalidad del derecho y la division de la Europa en una multitud de pequeñas soberanías aisladas, independientes. En esto se muestra la superioridad del espíritu de los Germanos sobre el genio de Roma. Nada más magnífico en apariencia que la unidad romana, al paso que la conquista de los Bárbaros parece producir la anarquía. Pero ¿cuál es el resultado de la unidad del Imperio? La igualdad bajo el despotismo. ¿Cuál es el resultado del feudalismo? La division de la Europa en naciones libres é independientes, y el reconocimiento de la libertad en el seno de cada nacion.

¿Necesitarémos insistir sobre la importancia que tiene para el siglo XIX el principio de la individualidad? Filósofos y políticos lo desconocen igualmente. Infieles al genio de su raza, los pensadores alemanes enseñan un panteísmo, en el cual desaparecen Dios, el hombre y las naciones; es menester llevarlos nuevamente á los bosques de la Germania, para que allí se penetren de aquel vivo sentimiento de personalidad que animaba á sus antepasados. Los guerreros del Norte hacían milagros de valor con la conviccion de que la muerte es la continuacion de la vida y al mismo tiempo una vida mejor. Hoy la energía del hombre disminuye; si se quiere reanimarla es preciso no encerrarlo en esta tierra, es preciso

(1) *Lex Salica*, 63.